

El camino de las Cumbres, de Córdoba (Argentina) según el relato de Arturo Capdevila

Dra. Bibiana Eguía

Arturo Capdevila¹ escribe *Córdoba del Recuerdo* en 1939, consciente de ser de los primeros que pintan el paisaje de Córdoba –y de las ciudades argentinas, tal cual lo expone en el Prólogo- consciente de "estar inventando" la ciudad, sabe que es el constructor literario que va a definir la imagen de una ciudad (constructo y paisaje natural) que él define como suya. Coherente el título, la obra es un relato integrado por el marco del recuerdo de hechos y situaciones la propia infancia vividas en la capital de la provincia argentina.

Importa señalar que Capdevila es uno de los escritores cuyas publicaciones integran el grupo de los primeros textos elegidos por la editorial Espasa Calpe Argentina, para consolidar primero, una actividad que la Guerra Civil en España había aminorado, y segundo, la cultura en lengua española. Ambos factores son reconocidos por Capdevila para la definición de sus textos. El escritor sabe, también, que entre los receptores de sus textos habrá lectores no cordobeses. En función de lo ya señalado previamente, Capdevila incorpora en sus textos, en particular, el costado cultural español presente en la ciudad de su infancia y naturalmente en su familia, quienes con varias generaciones asentados en la Argentina, conservan elementos de la cultura a la cual se adscribe con beneplácito: la del espíritu español y su cultura². En ese sentido, tal vez el detalle más importante que destaca la unidad entre Córdoba y España está en la dimensión religiosa, sin por ello, dejar de mencionar el autor, algunas distancias

¹ El escritor Arturo Capdevila nace en Córdoba en 1889 y vive en ella hasta los 22 años. Muere en Buenos Aires en 1967. Abogado, egresado de la Universidad Nacional de Córdoba, realiza una gran carrera como camarista y Juez. A los 22 años va a vivir a Buenos Aires, sitio en el que se radicará hasta su muerte.

Fue miembro de la Academia Argentina de Letras desde 1923 y de la Academia Argentina de Historia, y correspondiente de la Real Academia Española de la Lengua y de Historia. Su prolífica producción, abarca la mayoría de los géneros literarios y supera los sesenta títulos, con publicaciones en Argentina y España.

² Es de notar que en la "hispanidad" de Capdevila, no se reconocen diferencias regionales.

personales respecto de la creencia y la devoción, animado tal vez por el pensamiento del filósofo Unamuno, con quien Capdevila mantiene una amistad basada en la admiración hacia el pensador

Algunos años después, en 1945, Espasa Calpe publica *Tierra mía. La tierra y su alma. Buenos Aires y las catorce provincias argentinas*³. Allí el planteo del texto, que recupera la mirada hacia el espacio del terruño, se diferencia respecto de aquel primero en tanto el escritor amplía la visión hacia la Argentina toda, a quien abraza como “tierra mía”. Cada capítulo es una evocación de lo más “propio” o típico de cada provincia en un recorrido que se inicia en Buenos Aires, y en el cual, Córdoba es una de las trece estancias del grupo restante. Tal vez por ello, se clasifica a *Tierra mía* como un libro de viajes. Dice el autor en el Prólogo:

...quiero contar ciudades: las ciudades de mi patria y sus comarcas respectivas. Narrar las unas a las otras, y cada una a todas, y todas a cada una. Narrarlo todo además a las naciones hermanas de América y a la propia madre España. (...) Este es libro de los que su autor considera de urgente difusión en la tarea de reargentinizar a la Argentina, tanto como en la de hacerla conocer debidamente en las demás naciones de nuestra lengua.

Hay una continuidad entre *Córdoba del Recuerdo* y *Tierra mía*, que el autor señala en los Prólogos de ambas obras, y que vale tomar en cuenta. Ya había expresado en *Córdoba del Recuerdo*⁴:

Este es uno de los libros míos que más quiero. En él comencé la ardua labor que prosigo sin descanso: la de reargentinizar a la Argentina. (...) Dar patria a tantos argentinos que no la tienen, es lo más urgente de hacer. (p10).

Hay en el escritor una clara voluntad por reconocer, difundir y hacer conocer el territorio de su país- Dos detalles llaman la atención en el enunciado de un escritor tan riguroso en cuanto a su expresión, a la que le exige extrema fidelidad a la norma castellana, en primer lugar el neologismo “reargentinizar”. Sin embargo, el extraño verbo tiene como posible base, las expresiones de Unamuno en el sentido de “europeizar a España” que expresó en su ensayo *En torno al casticismo* (1898) y luego en *Vida de Don Quijote y Sancho* (1905), importante definición que tiene en el propio filósofo una contraformulación, un tiempo

³ Esta es la edición con la que trabajamos, y la que se referencia en las citas.

⁴ La referencia remite a la edición consignada en la bibliografía.

después: españolizar Europa. Más allá de la estricta significación que implica el planteo teórico para el sistema de Unamuno –que no es interés de este trabajo indagar- se destaca que Capdevila propone aquel neologismo recuperando la formulación de este otro. El detalle pone en evidencia la cercanía del cordobés con el pensador vasco, hecho que se manifiesta en otros textos a través de enunciados directos o procedimientos indirectos que lo expresan con claridad. Lo segundo a destacar de aquella afirmación está en la voluntad de construir una patria para los argentinos, y en eso, creemos reconocer la conciencia del autor operando en pro de una construcción literaria del terruño: Para los argentinos que están en el país, y para aquellos que no lo están; pero además, y desde el marco de su enunciado, para los españoles que miran a la Argentina como una patria posible. El poeta al mostrar su tierra, hace la patria literaria que asume como instrumento, la lengua castellana y como herencia, la cultura española.

Acorde, entonces, a su programa de escritura, se observa aquí una Córdoba valorada en la descripción de elementos destacados desde la vivencia de sus pobladores y desde el recuerdo: la importancia de cada elemento señalado en el texto está dada por su participación en la vida de la comunidad. El autor para elaborar el capítulo específico de su provincia, no tuvo necesidad de recorrer el territorio que fue su terruño. *Tierra mía* aloja la “Córdoba mía”. El paisaje de la ciudad es descrito pormenorizadamente en detalles para aludir a una ciudad en crecimiento y expansión, fundada a la vera de la sierra ubicadas hacia el poniente, y cuya descripción se torna objetiva en los elementos, no es el relato temático de los capítulos de *Córdoba del recuerdo*. Aquí, el modo de plantearlo es el de un recorrido fragmentario, interrumpido, variopinto. Y ello, porque el autor, aún cuando describe, lo hace desde el recuerdo. Así se comprende cuando afirma:

Dejadme quieto esos verbos pretéritos. No traigo ninguna razón para hacer de en las tardes actuales. Prefiero absolutamente entenderme con las que fueron. La vida se vuelve, poco a poco, un abusivo engaño. ¡Sólo el pasado es la verdad! (p82)

Córdoba del Recuerdo menciona las sierras que descansan en los márgenes de la ciudad. En “Córdoba azul”, un poema del libro homónimo del año 1940, también publicado por esos años, coincide en la imagen de una ciudad rodeada por la sierra al Oeste, y en el texto, el pequeño protagonista, un niño soñador,

hace el mismo recorrido que plantea en específicamente en *Tierra mía*, pero otorgándole una atmósfera de candor y fantasía.

A raíz de lo mencionado, entonces, inferimos la importancia que tiene para este cordobés el paisaje de la sierra, y su correspondiente deseo de llegar hasta la cima. Es un vínculo que se tensa en un apetito por arribar, por alcanzar el camino y el destino al que se accede por él. Se trata de un trayecto circular de ida y vuelta, entre la capital y las Sierras Pampeanas –son las montañas de mayor altitud de la geografía provincial-. Sin embargo, lo que se destaca en *Tierra mía*, es que para realizar el trayecto evoca dos modos y dos efectos que el escritor quiere confrontar al exponerlo casi simultáneamente.

El camino de las Altas Cumbres

Es la vía que une la ciudad capital con el Valle de Traslasierra. El primer poblado que se ubica al pasar la montaña, es Mina Clavero (Departamento San Alberto), a 120 km de Córdoba. En primer recorrido por el trayecto se realiza en automóvil, ya que lo hace posible una importante carretera. El propio Capdevila cita las palabras del Gobernador Ramón J. Cárcano, iniciador del proyecto:

El camino de las Cumbres significa para Córdoba la conquista de la montaña (...) Esta es la obra más valiosa y trascendental que ha pensado y emprendido la provincia luego del Dique San Roque (...) Incita al esfuerzo, a la transformación industrial, al comercio... (...) El Camino de las Cumbres es también el camino de lo bello... La espléndida carretera se desarrolla como un arabesco de la montaña... (p79)

Y con ese pequeño preámbulo de palabras ajenas, poco frecuente para el autor, él mismo da inicio a un recorrido por el camino, protagonizando la vivencia del itinerario y de sus paisajes y que lleva el título de “Sierra Grande”. El camino según se narra en 1939 –y lo mencionamos porque hoy existen variantes- da inicio propiamente en el Dique San Roque e integra localidades de los valles, abrevia distancias, es funcional a los lugareños para comunicarse y al usuario para llegar rápidamente a destino:

Vemos de frente una gigantesca montaña. Hacia ella nos dirigimos. Tenemos que alcanzar en dos horas una altura de dos mil doscientos metros sobre el nivel del mar. La montaña, según andamos, se abriga, se azula, se

tornasola. (p79)

El camino ya consolidado por el proyecto provincial, facilita la celeridad del tiempo, por eso, en su trayecto, arriba a un “mundo de piedra” y en su seno, a una mina de mica, un tipo de cuarzo que es muy abundante en la provincia. *“Reluce la mica por el contorno en chispazos de espejo roto”*, expresa para anotar a algún lector lego que el mineral se usa, entre otras cosas, para la elaboración de vidrios y espejos.

Las dificultades inherentes a la condición del trayecto, escarpado, sinuoso, inestable, ripioso, transforman al automóvil en ser vivo, casi un equino: *“El automóvil repecha la cuesta; jadea y brama como un ser alegre y escarceador”* (p80) que llega a un mundo de piedra y soledad, repite el poeta.

El camino es de cornisa, de allí su encanto, su dificultad y el peligro que implica para quienes lo surcan la cercanía constante de los precipicios y barrancas. Sin embargo, lo que impacta al poeta no es la sensación del miedo, sino la profundidad del alcance de la soledad: *“El automóvil debe pasar por el límite justo en que se funden dos soledades: la de la tierra y la del cielo. Es una cosa divina esta soledad”* p80

Si en un primer momento, el paseante puede observar que el arribo a la cumbre supone alcanzar el mar de las nubes, como señal que ratifica la enorme desolación del paisaje, la experiencia pronto varía para convocar a la experiencia religiosa:

“Los cerros suben en paredones verticales. Tiene algo de altar mayor esa piedra del término. Baja cantando de lo alto de un peñón, un chorro de agua perenne. Estamos en medio de una soledad majestuosa. La montaña se ha hecho templo.” P80

Capdevila ha llevado al lector a través de un recorrido cuyo destino no es un sitio cualquiera, sino que se abre a la dimensión de lo trascendente. Se trata de la metafísica del paisaje, por la cual la montaña se vuelve acceso a la dimensión superior, naturalmente asociada a la divinidad, donde la cima resulta el punto de unión entre el cielo y la tierra, espacio de meditación, de comunión espiritual.

Sin embargo, Capdevila lejos de sostener el clima de lo divino con su dignidad desde la magnificencia y majestuosidad de enorme paisaje desplegado, sobrecoge al lector al afirmar inmediatamente: *Hemos seguido subiendo. Ahora la montaña insinúa, dantesca, la contigüidad del infierno. Así llegamos a Copina.*80.

Resulta extraña la formulación, pareciera contradictorio vincular la montaña (en su dimensión de grandeza y altura) con el infierno, que por lo general y en mérito a la mención dantesca, tiene cualidad de lo subterráneo, inferior. Pero así lo trae Capdevila, tal vez, desde la evocación de la borrasca del Canto V (del Infierno), el viento que arrecia, que golpea. La desolación de la montaña de piedra y solo piedra se hace más aguda, porque tiene efecto sobre la naturaleza a la que degrada:

Siguiendo adelante empezamos a ver como un moho sobre las piedras, como una herrumbre sobre las rocas. Mohos y herrumbres de la eternidad sobre las piedras vetustas, cruzadas como de cicatrices y costrones. (...) fantásticas peñas que nos rodean y que no parecen sino desmesurados y colosales sapos de piedra. ¿Mina Clavero? Sí, ya está próxima. Hemos pasado la Pampa de Achala y bajamos a unos valles dulcísimos. Son ya lugares de excursión y solaz.” p81

En ese sentido del solaz, y tal vez para cohesionar discurso con paisaje, el narrador señala un elemento del paisaje, costumbre de algunos viandantes que dejan escritos sus nombres en la piedra:

En una roca, con letras bermellón, se destacan los nombres de Hugo y de Tita, Hugo y Tita fueron felices por aquí, Hugo y Tita que vinieron un día a caballo y se apearon por esas faldas con toda la tarde para ellos, hasta el crepúsculo rojo; tanto, que tal vez con esa tinta del crepúsculo escribieron sus nombres para la eternidad que eligieron, dichosa y agreste.(p81)

Es con el amor celebrado de Hugo y Tita que el relato se cierra, a la hora de la tarde, para el retorno a la ciudad, en un camino poblado de niebla, peñascos y precipicios. Lo concreto, pequeño, casi hasta tosco del suceso, contrasta con la dimensión del paisaje en el que el camino se inserta, para promover la ruptura en el lector, ruptura que supone el regreso pronto (como lo es una bajada) a la capital, a la ciudad.

El segundo relato tiene la condición de ser el camino hecho en coche tirado por una yunta de caballos, pero también es evocación de la memoria y se ubica en un tiempo más remoto. Esta vez, bajo el título de “Sierra trágica” el narrador relata un viaje realizado durante la temprana juventud.

En este sentido, el acento del narrador va a estar más que en el paisaje y en el camino, en la experiencia del recorrido que el recuerdo convoca: “*cuando la sierra era tan distinta a la que es hoy, de cuando por rara ocasión pasaba un automóvil*

por sus carreteras pues lo señorial todavía era pasearlas en un majestuoso vis a vis tirado por lustrosa yunta” (p81); tal cual es la que lleva al protagonista a la sierra. Aquí el relato se detiene, se remora para recuperar la experiencia misma del hacer el trayecto al ritmo de los caballos que avanzan, se detienen, se retrasan por efecto de las condiciones del camino. No hay concesión a lo fácil. Esa experiencia de lo demorado, supone para el poeta la convocatoria a algo valioso que el viandante en la velocidad está inhibido de captar: la quietud de un paisaje magno es travesía hacia lo eterno. El estatismo de la montaña facilita la contemplación de lo espiritual, la experiencia del paisaje es abre el espíritu a una dinámica activa por la cual, arriba a lo verdadero. No hay nubes en este paisaje, nada obstaculiza la visión:

¡Pobres generaciones de hoy, que no conocen ya la ciudadosa contemplación de un valle, o el lento suceso de un camino que sube una cuesta, que repecha una falda...!(p82)

Y allí incorpora Capdevila el detalle minucioso del territorio y describe los parajes, el Cerro Uritorco y el Sisorco, las casas, los surcos de agua en su condición de arroyo, simple traza o torrente según haya o no, crecida, los pájaros, los árboles (cipreses, álamos, nogales), la gentileza de los paisanos, las bondades de las aguas cuyo canto el carruaje interrumpe y despliega en nuevas tonalidades.

La propia distancia transforma el camino en parada de espera, o también, la parada puede deberse a una frecuente vivencia del verano: las tormentas, peligrosas para lugareños y forasteros. Allí, el viaje se hace estancia en un refugio devenido hotel, cuyo paisano administrador es profundo sabedor de las señales que ofrece la naturaleza para advertir a los huéspedes respecto del peligro que la tormenta convoca: *Cuando él toque la campana todos subiremos con los hijos en brazos a la loma de enfrente, como en bíblica página de desesperación, de espanto y de muerte. (p86)*

Lo que hasta entonces fuera la descripción plena de detalles ponderativos se aleja de la naturaleza idílica para dar cuenta de una contracara: el cauce del arroyo al transformarse en torrente envuelve de fatalidad la vida de los lugareños: *Ello es que al otro día, por donde se galopaba con ufana salud, se hace ahora camino de duelo y de asombro. Se perfilan tristísimos los gestos humanos sobre ese fondo de tragedia.(p87)*

La tormenta da motivo a Capdevila para detenerse ante el habitante de aquel

lugar, y profundiza en su mirada y su idiosincrasia que se somete y se rebela ante la naturaleza. Ello, como parte inherente al recorrido que hace y el conocimiento que ese recorrido lo proporciona. Describe las carencias y los límites de los paisanos, pero además, el despojo diario a que están sometidos en la vulnerabilidad de la soledad cotidiana. A la idea cultural del hombre de montaña como aquel que posee una relación de dominio para con la tierra señala y explica: *"la égloga de sus cabras y ovejas se frustraba en el drama cotidiano de la gran soledad de su montaña. No era capataz de su naturaleza sino un hijo suyo"*(p87). Casi se podría decir un hijastro. La ausencia de protección solo disminuye por la acción del Cura Brochero, único enlace que tienen los serranos con los cordobeses capitalinos para dar a conocer respecto de las carencias y cubrir sus necesidades. Brochero retorna a la sierra con las donaciones logradas, es decir, con la posibilidad de paliar los sufrimientos materiales de los paisanos de la región. El sacerdote es reconocido por sus prédicas de profundo contenido motivador a la solidaridad y por el lenguaje pintoresco que usa para llegar a los fieles. Capdevila dirá que el Cura está *"talado en quebracho"* y admira el temple que lo sostiene para afrontar los viajes que, solitario, realiza a lomo de su mula (la conocida Malacara), figura con la cual ha quedado eternizado por obra de la escultura que se erige en la plaza central de la que fuera Villa del Tránsito de María (en el Departamento San Alberto). La actual carretera, tiene como origen el camino que surcó el sacerdote, reconocido desde 2013 como Beato. El entonces gobernador de Córdoba, aludido por Capdevila en el texto, Ramón J. Cárcano, profundo admirador de la obra brocheriana, responde a favor de las necesidades de los provincianos a los que Brochero asiste, dando inicio a las obras para la construcción de este camino. Hoy, el trayecto cuenta con señales particulares para memorar sitios donde Brochero se detenía, algunas de las cuales, se han convertido en estancias para peregrinos que recuperan en el trayecto, las meditaciones del sacerdote. Para finalizar la evocación de este cordobés insigne, resta añadir que dos años después de la muerte del sacerdote, ocurrida en 1914, cambia el nombre de la villa donde residía el Cura y ejercía su sacerdocio, (Villa de Tránsito de María por Villa Cura Brochero, nombre que llega a la actualidad.

Conclusiones

Dos experiencias para un mismo camino son las propuestas por Capdevila para

unir el trayecto de Córdoba con el Valle de Traslasierra, y Mina Clavero, en ida y regreso. Dos recorridos porque en la condición de ambos, no hay conciliación posible, aún cuando se trate de caminos hechos desde la memoria. En el primero, la carretera muestra un paisaje que las nubes obstaculizan en la visión para la marcha veloz del automóvil, que en una tarde puede salir de Córdoba, llegar a Mina Clavero y retornar. En la segunda opción, el tiempo promueve la vivencia de un tiempo distinto, más similar al que el propio paisaje experimenta. Es un tiempo que transcurre lento y motiva al diálogo interior con la soledad profunda.

En el primer caso, el esplendor y la majestuosidad del paisaje impactan al transeúnte en lo múltiple, lo extremo, la distancia que alcanzaron, la altura a la que llegaron; casi que con los objetivos no se dimensionó ni valoró el espacio, el camino sirve para llegar a tal lugar, para festejar la alegría del amor, no hay vivencia profunda del camino. Con la segunda modalidad, el viaje y el espacio despliegan la dimensión del espíritu, en lo grande y en lo pequeño, que puede llegar al cielo o vivir en el infierno. El trayecto involucra una dinámica, y así se comprenden las soledades y se conocen la tragedia. Es lógico que bajo esta segunda perspectiva se considere el viaje que hace el Cura Brochero, viaje religioso y solidario, que profundiza la dimensión propia del hombre. El paisaje magnificante, en su quietud no promueve el estatismo, sino que impacta como una vivencia espiritualizada, de transformación interior. Ese es el viaje, el recorrido y el territorio que Capdevila privilegia como opción, esa es la experiencia que el autor no quiere que se olvide.

Con el correr de los años, los lectores de los textos de Arturo Capdevila se han ido reduciendo, y los usuarios de la hermosa carretera de las Altas Cumbres de Córdoba crecen año tras año. En ese sentido, nuestro trabajo busca recuperar aquellas primeras miradas hacia aquel camino, y homenajear a quien fuera de los primeros en trazarlo a pie, paso a paso, desafiando climas y soledades: el Cura Gabriel Brochero. El sacerdote a lomo de mula llegaba a Córdoba una o dos veces al año desde la Villa del Tránsito. Capdevila, al convocarlo como elemento del territorio, del paisaje y del camino, lo constituye en ladrillo fundamental. Es agudo Capdevila cuando a la hora de pensar en reargentinizar, proponga ese ejemplo para pensar en patria.

Bibliografía

Capdevila, Arturo (1945): Tierra mía. La tierra y su alma. Buenos Aires y las catorce provincias argentinas. Buenos Aires, Espasa Calpe. Colección Austral

Capdevila, Arturo (1939): Córdoba del recuerdo. Buenos Aires, Espasa Calpe. Colección Austral